LA SONRISA COMPARTIDA

Juan A. Ríos Carratalá

Catedrático Literatura Española

Universidad de Alicante

La risa necesaria

La gente necesitaba reír en 1982. La afirmación es tan cierta como extrapolable a cualquier momento. La concreción de la fecha se justifica porque los períodos de tensión, incertidumbre y peligro precisan de un epílogo marcado por una buena carcajada. Lo observamos en la experiencia individual, cuando sentimos el alivio que acarrea la relativa o total superación de la angustia y llega la confianza que permite la aparición de la risa. Entonces, la misma funciona como un bálsamo de Fierabrás capaz de restañar las heridas y darnos la sensación de vitalidad que aporta la alegría.

Los colectivos sociales funcionan de manera similar a la hora de olvidar los agobios de la angustia, despejar las dudas de la incertidumbre o exorcizar el miedo de sentirnos vulnerables. La Transición fue una etapa inolvidable por su intensidad, máxime si coincidió con nuestra juventud. La disfrutamos con voluntad de protagonistas, pero tanto trasiego había dejado agotados los ánimos después de unos años de vértigo donde el peligro de descarrilar era recurrente. El punto de inflexión llegó el 23 de febrero de 1981 y, cuando nos supimos vivos de puro milagro, muchos comprendimos la necesidad de reír, sin límites y de una forma diferente porque era preciso iniciar una nueva época.

Tricicle llegó en el momento oportuno con la propuesta adecuada, aunque algunos programadores y críticos tardaran un tiempo hasta entenderlo. Su localización en aquella Barcelona de El Timbal y el Institut del Teatre fue cualquier cosa menos casual. La ciudad vivía un momento de efervescencia cultural con tendencia a la promiscuidad. La nómina de grupos teatrales provistos de propuestas heterogéneas así lo prueba. El humor rancio, casposo y carpetovetónico todavía perduraría durante años, como tantas herencias del pasado, pero la generación que alcanzó su madurez en los ochenta necesitaba

otros modelos caracterizados por la frescura de la novedad. Y los buscaba con urgencia, porque atrás quedaba un panorama digno del olvido donde las excepciones cercanas -Gila, Tip y Coll, Capri…- eran verdaderamente excepcionales.

El grupo catalán de teatro gestual siempre ha mostrado sabiduría al seguir el camino propio, aquel donde sus miembros se encontraban cómodos y satisfechos en cada momento. La fortuna propició que esa coherencia e independencia de su opción creativa levantara recelos entre los puristas al tiempo que conectaba con toda una generación e, inmediatamente, con muchos de los padres y los abuelos de la misma. El milagro de esta práctica unanimidad estuvo repleto de anécdotas para el recuerdo. Algunas fueron rocambolescas, pero en el fondo el proceso respondió a la lógica de los tiempos, aunque sea la imaginada por los historiadores cuando pretendemos dar sentido al caos.

La aparición de tres jóvenes mimos en un escenario tan sobrio como económico, por pura necesidad, estaba abocada a una marginalidad inicial. Desde 1979, cuando Joan, Paco y Carles realizaron sus primeros sketches en el café teatro El Llantiol o allá donde fuera posible, hasta su primer espectáculo en la sala Villarroel el camino fue estrecho. La posibilidad de fracasar era algo más que una amenaza comprobable por la suerte efímera de tantos otros grupos de aquella época. Sin embargo, los tres intérpretes formados en una Barcelona abierta como nunca aguantaron el tirón, superaron las dudas de los principiantes y pronto sentaron las bases de una poética del humor. Nunca fue redactada, pero la pusieron al servicio de una sonrisa compartida con quienes compaginan la observación y la imaginación.

La observación no precisaba de grandes eventos ni personajes extraordinarios para transformarse en materia teatral. Tricicle optó por lo divertido frente a lo trascendente y la dirigió desde un primer momento hacia un entorno inmediato. Allí prima la cotidianidad y la sencillez de los pequeños gestos, aquellos que día tras día pasan desapercibidos y de repente, gracias a una mirada donde reside la clave del humor, cobran unas posibilidades desconocidas hasta entonces. La consiguiente sorpresa es el preámbulo de la risa.

Joan, Paco y Carles recopilaron los sketches de su deambular por diferentes rincones de aquella Barcelona y nos mostraron en *Manicomic* (1982) las mil y una maneras de tirar la bolsa de la basura. Justo entonces aprendimos que nosotros también podíamos participar de ese humor para ser algo más que espectadores. Y sin necesidad de llevar una máscara. Nuestra sonrisa selló ese día un vínculo con el grupo que ha permanecido vigente durante cuarenta años. De hecho, todavía tiramos la bolsa de la basura sin haber agotado todas las posibilidades. Tal vez porque nuestra mirada, la del humor, se ha formado con la ayuda de los amigos de Tricicle que nos saludaban al final de cada espectáculo.

El entorno cotidiano siempre ha sido un excelente caladero para la creación de sketches. La posibilidad de identificarlo, aunque sea a través de una caricatura, despeja la incertidumbre que tanto perjudica al humor. En ese espacio de la cotidianidad también debemos incluir los tebeos, las películas, la televisión… y todo aquello capaz de albergar una mirada humorística. Tricicle nunca anduvo por caminos exóticos o demasiado peculiares a la búsqueda de referentes. Sus preferencias en estos campos han podido ser compartidas por la mayoría de los espectadores. Recreadas con empatía sobre el escenario, pronto se convirtieron en referencias identificables, aquellas que proporcionan la satisfacción de sentirnos partícipes de un imaginario colectivo.

El pasado común ayuda a disfrutar con el humor. Nosotros también nos habíamos educado con las disparatadas películas de Jerry Lewis o viendo a los maestros del cine mudo en televisión. Jacques Tati nos llevó de vacaciones. Peter Sellers arrancó sonrisas al ritmo de la música de Henry Mancini y, mientras veíamos los dibujos de Quino, descubrimos a los Colombaioni y los Monty Python antes de reír con Les Luthiers. La suma abarca otros nombres de un humor que casi siempre vino de fuera, porque necesitábamos aire fresco. La consiguiente bocanada nos quitó el pelo de la dehesa y, sin discursos, declaramos inaugurada una modernidad que llevó al grupo catalán hasta los más recónditos y prestigiosos escenarios.

Las influencias han sido múltiples y heterogéneas por la lógica de un humor antes disfrutado por sus artífices que escenificado. Ese paso previo les ha dado coherencia. Cada espectáculo de Tricicle ha supuesto una oportunidad de

compartir y reforzar referencias en búsqueda de una sonrisa. Todas recreadas desde el respeto a la creación ajena y con la solidez de una trayectoria peculiar, cuya imitación parece un imposible a tenor de tantos intentos frustrados. El problema no es la fórmula, sino saberla aplicar desde el convencimiento y la constancia de innumerables representaciones.

Una trayectoria de continuidad e innovación

Un aeropuerto fue el primer espacio común donde plasmar la imaginación al servicio de la sonrisa. *Exit* (1984) demostró la evidencia de un grupo riguroso en la construcción de sus espectáculos, profesional en la ejecución de los mismos y dispuesto a eliminar la cuarta pared en todo momento. El flujo de comunicación discurrió desde entonces al ritmo de unas risas acompasadas, abundantes y distribuidas en el tiempo con una sorprendente precisión. El logro de Tricicle era notable, pero había que perfilar la marca del grupo para asegurar una continuidad especialmente complicada en el campo del humor, donde cualquier aportación parece abocada a la caducidad. Tal vez porque siempre se juega con los mismos elementos a la búsqueda de una constante actualización.

La marca de Joan, Paco y Carles quedó consagrada con el éxito de *Slastic* (1986) y, desde entonces, todos aprendimos a disfrutar de lo insólito e imprevisto con la garantía de que nunca sería un momento aislado. El partido estaba ganado. La madurez de esa sonrisa más universal que blanca nos llegó sin perder la capacidad de sorprendernos como niños. La lección siempre la han llevado bien aprendida los miembros de Tricicle. Al margen de argumentos prolijos, la han impartido con sencillez miles de veces para crear espectáculos donde la risa remite a una edad abierta a la sorpresa.

Abuelos, matrimonios, chavales, parejas, desparejados… Todos riendo al unísono como conducidos por una batuta. Semejante milagro en una cultura que tiende a los compartimentos estancos, a una especie de autismo generacional e identitario, se justifica porque las propuestas de Tricicle siempre han tenido la edad de la infancia, aquella donde la mirada descubre, transforma y hace suyo cualquier estímulo de la realidad. Joan, Paco y Carles nos han enseñado a preservar esa mirada tan ingenua como necesaria. Solo cabe el agradecimiento de los bien nacidos.

Una marca de éxito habría colmado las expectativas de cualquier grupo, pero Tricicle ha sido ambicioso e innovador para resultar fiel a su compromiso con el público. El suyo es un teatro comprometido al servicio del humor. La profesionalidad también define a sus miembros a la hora de cumplir ese pacto con quienes pasan por taquilla para divertirse. Lo comprobamos en espectáculos de gran formato como *Terrrific* (1991), en producciones brillantes de inolvidable belleza (*Sit,* 2002) o en series de televisión, cuyo recuerdo nos hace añorar un tiempo donde este medio apostó por el humor de calidad sin las estrecheces económicas del presente. Así Joan, Paco y Carles fueron añadiendo nuevas ofertas compatibles con las anteriores, gracias a una dosificación que debiera ser motivo de estudio para cualquier marca comercial.

Alcanzar la cima del éxito teatral es complicado, pero permanecer en el mismo durante décadas pertenece al campo de lo heroico. Tricicle lo ha logrado con una estabilidad sorprendente. El mérito debe ser atribuido a sus miembros, que han sabido establecer unas normas de convivencia y, sobre todo, cumplirlas para permitir la estabilidad del grupo. Algunas las conocemos gracias a las numerosas entrevistas concedidas, donde la pregunta por ese secreto ha sido un lugar común, pero destaca la voluntad de compartir y equilibrar el protagonismo en todo momento. Joan, Paco y Carles también han procurado manifestarse públicamente como grupo, siempre por encima de las individualidades -que las tienen- y en torno a unas posturas comunes de probable aceptación entre el amplio espectro de su público.

El trabajo de los miembros de Tricicle habrá deparado múltiples discusiones acerca del proceso creativo. Incluso peloteras por el encaje de un gag. Así lo han reconocido los protagonistas al explicar los pasos dados hasta llegar al resultado final. Semejante tensión creativa es conveniente, pero sobre el escenario siempre ha aparecido un espectáculo sin fisuras y hasta quintaesenciado por la ausencia de dudas, al menos cuando las representaciones dadas permitían esa seguridad. El reconocimiento de la crítica ha sido unánime en este sentido, sobre todo a partir del momento en que la garantía de la marca era notoria.

El público también agradece esta muestra de lo bien terminado porque ha visto a Joan, Paco y Carles como las piezas insustituibles de un engranaje, engrasado como pocos y donde resulta imposible imaginar otros protagonismos. La

continuidad parte de consolidar los logros de las primeras obras y, al mismo tiempo, añadir otros nuevos con los diferentes espectáculos. La consiguiente dosificación de tradición e innovación ha convertido al grupo en un referente fiable, sólido y atractivo, una circunstancia que se asemeja a la cuadratura del círculo en una cultura demasiado líquida.

Tricicle ha perdurado hasta el punto de hacernos partícipes de su propia permanencia como un logro del que sentirnos orgullosos. Sus miembros nos han acompañado durante décadas para terminar integrados en nuestra memoria del humor, que es materia agradecida como sinónimo de buenos momentos. Así lo pudimos comprobar en distintos espectáculos recopilatorios, cuando los mismos sketches eran disfrutados con el recuerdo de quienes nos dejaron y la compañía de quienes vinieron. Esta circunstancia los hacía diferentes. También porque Joan, Paco y Carles añadían la experiencia de una veteranía nada viejuna. Al cabo de los años, los tres se habían convertido en unos doctores de la risa capaces de seguir la estela del maestro David Garrick.

Los efectos terapéuticos de su humor son de probada solvencia científica, incluso para los negacionistas. El lenitivo del dolor se ha incorporado a la memoria sentimental de quienes hemos envejecido al compás de sus espectáculos, hasta llegar a la peligrosa edad en que todo empieza a ser recuerdo. La añoranza apenas cabe en el caso del grupo catalán. Su acción paralizante iría en contra del ponderado equilibrio que captamos en tantas entrevistas. Joan, Paco y Carles han demostrado, además, tener vida creativa al margen de Tricicle y en diversas actividades, cuya realización les ha permitido sobrellevar lo que de otra manera habría resultado un tanto obsesivo y hasta cansino.

Tricicle y nuestra memoria del humor

Las tiras cómicas, los artículos periodísticos, la dirección escénica, la producción de espectáculos… esperan en un futuro sin tantas giras agotadoras ni la frialdad de los hoteles. El descanso es merecido y necesario. Les comprendemos porque lo han explicado con la sinceridad de unos amigos. Algo de añoranza aflorará, pero queda el agradecimiento por cuarenta años de risas, la memoria de un humor donde cualquier gag puede ser revitalizado y, sobre todo, la mirada capaz

de convertir unos sanitarios Trucho, o los que estén a mano, en los más variados e imaginativos objetos.

El aburrimiento es imposible con semejante recurso de la imaginación creadora. Cada año lo explico en clase para que parezca sencillo y, al mismo tiempo, comparto su ejemplificación con el alumnado para que los eternamente veinteañeros comprueben el grado de dificultad de llevarlo a la práctica. La sorpresa de esas miradas juveniles es notable y descubren, una vez más, que ellos pueden ser los protagonistas de sus propias sonrisas de la mano de unos maestros.

Justo al llegar a casa esos jóvenes tendrán ganas de ver más vídeos, descubrir sketches y compartirlos con los amigos. Tal vez porque forman parte de una minoría capaz de ir más allá del presente para buscar su propia identidad en torno al humor. Y saben que Tricicle inició su andadura en el momento oportuno, cuando tan perentoria era la risa, pero sus miembros pronto comprendieron la necesidad de optar por lo fundamental y atemporal frente a tantos que preferían la caricatura fácil y oportunista. Por ese camino de las esencias, Joan, Paco y Carles han acabado siendo unos clásicos capaces de reírse de su calva, su barriguilla o los achaques de la edad. Unos clásicos entrañables a quienes les resta una larga vida en la memoria agradecida del público. El punto y aparte tras estos cuarenta años se resume en una frase sencilla: Tricicle nos ha dado momentos de felicidad, que no es poco.